

ENSAYO

El surgimiento del globo

William Ospina

Hace cinco siglos comenzó la historia mundial. Quiero decir con ello que antes del Descubrimiento de América los humanos habían vivido historias nacionales o a lo sumo historias continentales, pero no habían tenido jamás una idea del mundo como la que empezó a entereverse en la aurora del siglo XVI. En ese momento asistimos a lo que hoy podríamos llamar 'el surgimiento del Globo' y es notable el modo como la idea del globo se apoderó de nosotros desde entonces y se ha convertido crecientemente, como era de esperarse, en una de las mayores obsesiones de la especie. No es el menor de los méritos de William Shakespeare el que, en aquel mismo siglo, haya llamado *El Globo* a su teatro de Londres y, por extensión, al gran teatro del mundo que era su destino recrear y representar. Aquella época convulsiva y admirable vivió con asombro la evidencia de la redondez del planeta y, dado que desde los tiempos de los geómetras griegos la idea de la esfera era uno de los símbolos de la perfección, es probable que esa evidencia haya sugerido para nuestros mayores de hace medio milenio la promesa de algo absoluto.

Con el surgimiento del Globo surgió también el mercado mundial, y nuestros países (que tienen el hábito de sentirse invitados tardíos al festín de la historia y testigos subalternos del mundo) deberían recordar con mayor frecuencia que fueron protagonistas de aquel episodio dramático y que aportaron como pocos a la construcción de ese orden o desorden histórico que hoy llamamos la Edad Moderna. Parte muy importante de ese proceso de afianzamiento de la sociedad mercantil fueron los metales de América, tanto los que

Cortés y Pizarro pusieron a los pies de Carlos V como los miles de toneladas de plata y de oro que durante tres siglos cruzaron el mar en los barrocos galeones de España, o trasbordados entre humaredas y sangre a las esbeltas fragatas inglesas. Algunos de los grandes mitos del Renacimiento europeo fueron engendrados al contacto con la realidad del Caribe y de la América equinoccial y meridional, y es fama que los descubridores y los conquistadores solían encontrar en los descampados sudamericanos lo que habían buscado por siglos en las leyendas enmarañadas de Europa. Así nació El Dorado, que puso fin a los desvelos de los alquimistas en busca del huevo filosofal; así nació la fuente de la eterna juventud de la isla de Bimini; así nació el país de la canela más allá de los montes nevados de Quito; así surgió y se eternizó en los mapas del mundo la selva de las Amazonas. Cosas que hoy nos parecen sueños fueron una realidad viva en aquel tiempo: los hombres recubiertos de perlas de las islas de Cumaná y del Cabo de la Vela; las arboledas llenas de campanas de oro junto a los templos del Sinú; las ciudades laminadas de oro en las cumbres brumosas del imperio incaico; las pirámides rojas de los mayas en medio de las selvas centroamericanas; las ciudades americanas trazadas, como las de los cátaros en Occitania, siguiendo el dibujo de las constelaciones; los ejércitos enteros diademados de oro; las cabezas gigantescas de los Olmecas y las enormes geodas artificiales enterradas por pueblos desconocidos bajo las selvas de Costa Rica.

El mundo nuevo estaba lleno de tesoros, como lo había estado siempre el mundo antiguo, de modo que el planeta no se cansaba de proveer de recursos al parecer inagotables a una humanidad en realidad poco numerosa. La verdad es que hasta comienzos del siglo XIX eran tan pocos los seres humanos, que resulta difícil entender que

Este documento fue preparado para ser presentado en el marco de los Diálogos Globales de la Feria Hannover 2000.

Correspondencia:
wospina@impsat.net.co

Recibido: 31/01/01; aceptado: 02/02/01

hubiera miseria en las calles de París y en los suburbios de Londres, o que las guerras pudieran ser explicadas por sabios dudosos como un mecanismo espontáneo de la naturaleza para controlar la población. Si bien los españoles habían acabado ya con la galena argentífera de las minas de Andalucía, y los rebaños de cabras habían convertido en un desierto el sur de Italia y las costas de Grecia, y si bien las ardillas ya no podían ir como en otro tiempo de un extremo a otro de la península ibérica sin bajar de los árboles, seguían apareciendo las nuevas riquezas de un planeta inagotable y, al parecer, las bodegas del mundo no se extenuarían jamás.

Pero bastaron tres siglos para que los Románticos advirtieran que la naturaleza estaba siendo saqueada por una civilización irresponsable. Bastaron cuatro para que nuestros méritos empezaran a parecerse peligrosos y para que un filósofo alemán le gritara a la especie: "*Perecerás por tus virtudes*". El descubrimiento del Globo nos llevó finalmente a descubrir que sus recursos son perecederos, que sus tesoros bien podrían no ser para siempre. El último siglo, al que toda la humanidad despidió con singular alborozo, nos ha dejado llenos de inquietudes, de preguntas sobre el rumbo de la civilización que exigen de nosotros cada vez más lucidez y mayor compromiso. Enfrentada a una naturaleza que a duras penas sobrevive bajo amenaza, la humanidad esgrime los recursos de la tecnología para arrancarle más de lo que el mundo natural podría dar espontáneamente, y tal vez nunca, desde los tiempos casi míticos de la domesticación de las semillas del trigo y del maíz, de los caballos, los toros, las ovejas y los cerdos, se había visto una edad en que la humanidad obrara tantas transformaciones sobre su entorno y sobre su patrimonio común.

Es justo que haya sido así, porque ese mismo desarrollo técnico ha permitido un incremento vertiginoso de la población hasta índices que hoy resultan alarmantes; en el siglo XX, por primera vez, proliferaron en el mundo las megalópolis de varios millones de habitantes. Ya no pueden resolverse los problemas y satisfacerse las necesidades de la humanidad con los recursos de las sociedades agrícolas arcaicas; ya no

pueden resolverse los problemas prácticos de la interacción de las comunidades sin los sofisticados medios de comunicación que hoy tenemos; ya no puede asumirse el desafío del futuro a partir de las filosofías que dieron sentido a unas sociedades mucho más cerradas sobre sí, mucho más lentas, menos expuestas al contacto con otras. Las preguntas por la naturaleza, la humanidad y la tecnología en esta primera luz del tercer milenio, asumen hoy los nombres técnicos de 'desarrollo sostenible', 'diálogos de culturas' y 'globalización'. No es casual que la próxima Feria Universal de Hannover quiera hacer énfasis sobre esos tres temas de lo que suele llamarse en estos tiempos la 'agenda global', y no es casual que en su ámbito casi todos los países se estén esforzando por mostrar su naturaleza, su diversidad biológica, sus recursos naturales y humanos. Una de las muchas cosas que estamos haciendo en todo el planeta es una suerte de inventario de lo que nos queda, y la naturaleza, como bien lo sintió metafóricamente Paul Valéry hace menos de un siglo, es esa parte intemporal del mundo de la que no puede decirse que sea antigua ni moderna porque, como el mar del poema, siempre recomienza. Si queremos mostrar lo más antiguo que hay en nuestra realidad, tal vez podamos buscar canciones o libros o monumentos, pero lo más nuevo es la hierba que crece donde hay tierra y hay agua, es el aire común que baña el planeta, como cantaba con entusiasmo místico Walt Whitman.

Ahora bien, nuestros países iberoamericanos tienen que sentirse invitados especiales a este diálogo sobre el presente y el futuro, por muchas razones distintas. En lo que respecta a la necesidad de un desarrollo sostenible, es sabido que tenemos la mayor diversidad biológica imaginable, aunque no precisamente una política razonable sobre su uso, ni unos mecanismos sensatos para su protección y conservación, ni el esfuerzo de investigación que todo ese tesoro requiere. Atrapados por las supersticiones de la historia, muchos tendemos a pensar que, como América fue descubierta por los europeos en 1492, sólo en aquel año comenzó a existir para el mundo. Este grosero error nos impide, por un mero prejuicio de cronología perspectiva, percibir que los poderes

de la naturaleza americana, por ejemplo, la selva amazónica, ejercían su influencia sobre el mundo desde siempre. Mucho antes de que los meros humanos empezáramos a procurar la globalización, el mundo ya estaba globalizado. Las águilas migratorias que viajan desde el Canadá hasta el norte de la República Argentina, y que al pasar sobre la Sierra Nevada del Cocuy describen el círculo mágico que engendró los mitos de los U'wa, o los colibríes diminutos que se hinchan de miel en verano y después vuelan sin detenerse miles de leguas, hasta la extenuación, o los vientos que llevan sus semillas, no tienen nada que ver con las rencorosas fronteras que se han inventado nuestros guerreros y nuestros burócratas. El mundo natural no es humano en el triste sentido de pelearse por decidir si la luna de Atenas es mejor que la luna de Corinto, o por saber dónde los lagartos se convierten en *lizards*, o dónde, como dice el poema, la piedra francesa se vuelve piedra española.

En lo que respecta a la globalización de la economía, es importante recordar que precisamente nuestra economía está globalizada desde el Descubrimiento: que el oro de la Nueva Granada, la plata de México y del Potosí, el cacao de Venezuela, el azúcar y el tabaco de Cuba, se extrajeron y se produjeron para la exportación desde la Conquista, y que incluso la especialización de nuestras economías en cierto tipo de productos, hecho que no siempre consultaba las necesidades internas de consumo sino a menudo sólo los requerimientos de las metrópolis, es un hecho varias veces centenario. Fue así como nacieron las repúblicas bananeras, las repúblicas cafeteras, las repúblicas petroleras, las repúblicas ganaderas, en un tipo de ordenamiento económico que más de una vez se caracterizó por la irracionalidad, y que no siempre satisfizo como era debido las necesidades de consumo, y de dignidad, de nuestros pueblos. Ello también sirve para demostrar que la mera globalización, en el sentido de aperturas de mercados no es necesariamente una virtud, y que siempre se requiere un principio ordenador y armonizador, una idea de la justicia, una lógica del equilibrio y un profundo sentido de humanidad para que los intercambios cumplan con su alta misión de ser

instrumentos de civilización y no simples pugnas mezquinas o formas de la rapacidad y de la injusticia.

Por otra parte, es también evidente que los países americanos somos desde hace cinco siglos escenario de algunos de los más vigorosos diálogos de culturas que registre la historia. Somos producto de esos diálogos, y nuestro complejo y desordenado mestizaje es tal vez el mejor haber de que disponemos en los debates hacia el futuro. Hablar de la presencia de la América hispánica en el mundo contemporáneo es, en primer lugar, hablar de la única región del mundo que presenta veinte naciones distintas hablando sin dialectos una misma lengua. Hablar español, como hablar portugués, francés o inglés, evidencia que pertenecemos al orden mental europeo, pero nadie ignora que al mismo tiempo habitamos una frontera entre mundos diversos. Erasmo de Rotterdam estaba seguro de que el descubrimiento de América significaba para Europa el hallazgo de un mundo donde podría prolongarse la religión de Cristo y expandirse su civilización. Por supuesto, no hablaba tanto como ser humano cuanto como cristiano empeñado en encontrarle un futuro a su religión y a su universo mental, pero América cumplió esa promesa, aunque no se agotó en ella. Fue para Europa, claro, tierra disponible, y al continente llegaron en cuatro siglos más de cien millones de inmigrantes. Pero nuestra historia ha sido siempre una historia excepcional: todo entre nosotros se parece al mundo del que procede, pero cuando nos detenemos a mirar, todo se ha vuelto distinto.

En los primeros tiempos, Europa se buscaba a sí misma en América, buscaba su pasado, sus mitos, sus sueños, procurando tranquilizarse ante una naturaleza a veces despiadada, siempre irreconocible, y ante una humanidad que no se le parecía. En cierto momento, nuestra América era demasiado semejante para que Europa quisiera interrogarla, y demasiado distinta para que estuviera dispuesta a confiar en ella. Pero, a partir del Racionalismo del siglo XVIII, a partir del Romanticismo de Humboldt y de tantos viajeros, y después, en los últimos tiempos, gracias sobre todo a las conquistas de nuestras artes y de nuestras letras, Europa aprendió a valorar de otro

modo esa condición nuestra de ser a la vez un mundo familiar y distinto.

Es el secreto de nuestro mestizaje. Estamos orgullosos de él y entendemos que nos da un perfil valioso para los retos inminentes de la especie humana, pero también es importante decir que todo ese mestizaje se lo debemos a Europa, porque fue su audacia lo que nos hizo europeos, porque fue su conciencia humanitaria y su espíritu reflexivo lo que permitió que conserváramos en parte nuestro costado indígena americano, y porque fue gracias a su crueldad que tuvimos el honor de hacernos también africanos. En nuestra relación con la lengua corrimos el riesgo de llegar a sentir lo que siente aquel conmovedor poeta negro del Caribe:

*"¿Sienten ustedes este sufrimiento,
y esta desesperación que no tiene igual,
de domesticar con palabras de Francia
este corazón que me dio el Senegal?"*

Por fortuna, nuestros mayores tomaron una decisión adecuada a la época, no renunciaron a la pluralidad de las lenguas nativas, pero aceptaron plenamente el legado de antigüedad y de vigor de estas lenguas hijas del latín y del griego que enriquecían de siglos, de debates y de creaciones nuestra memoria mestiza. Finalmente, los idiomas de origen europeo han llegado a ser en América el instrumento de algunas de las más asombrosas aventuras literarias y filosóficas de esta época. Basta pensar en Rubén Darío, en Machado de Assis, en Alfonso Reyes, en Juan Rulfo, en José Lezama Lima, en Gabriel García Márquez, en Pablo Neruda, en João Guimarães Rosa, en Jorge Luis Borges, por mencionar sólo algunos de esos autores, para demostrar que, como el propio Alfonso Reyes lo anunciara hace un poco más de medio siglo, el mundo se ha acostumbrado a contar con nosotros.

Pero el mestizaje tiene muchas otras virtudes, algunas invaluable. Cuando se participa de orígenes diversos, de complejidades étnicas, de tradiciones culturales distintas, es más fácil descubrir esa esencia que es común a todas las razas y a todas las culturas. En el fondo de nuestro ser mezclado y múltiple, nos resulta ciertamente más fácil encontrar al ser humano,

un ser humano un poco menos exquisito pero un poco más natural, un poco menos racional pero un poco más sensitivo, un poco menos seguro pero un poco más curioso del mundo. Y la ventaja suprema de pertenecer a tantas tradiciones es la imposibilidad de alentar el orgullo de las razas puras, su soberbia y su intolerancia.

Una vez entendida esta singularidad, nuestro principal error ha sido la imitación excluyente, y también el innecesario esfuerzo por limitarnos a una sola tradición cuando las merecemos todas. Chesterton solía repetir una broma llena de sentido a propósito de los orígenes de cierto escritor: "*Su padre era polaco, es decir, se había criado en Rusia; su madre era holandesa, vale decir, había nacido en Curazao; de modo que él era perfectamente inglés*". El era perfectamente moderno, sería mejor decir. Y en esa medida los hijos de la América Mestiza, como crecientemente los hijos de todos los pueblos, fuimos desde el comienzo verdaderos hijos de la modernidad. Pero ese carácter moderno no se limita en nosotros sólo a la pluralidad de nuestros orígenes, que harlo sirve para relativizar verdades y moderar arrogancias; podemos afirmar que somos hijos de una realidad que vivió siempre, como quería Rimbaud de la poesía, el desorden de los sentidos. Hace algunas décadas, aquí los analistas se partían la cabeza tratando de hacer coincidir nuestra historia con las órbitas hegelianas, por entender de qué manera cazaban las piezas de nuestro rompezabezas histórico con las leyes de la evolución que tanto embriagaron a los teóricos del siglo XIX.

Pero, ¿qué hacer con un mundo a donde llegaron a la vez el Renacimiento y el Esclavismo, con un mundo al que llegó primero la Contrarreforma y sólo siglos después la Reforma? La historia que, en Europa parecía haber seguido un rumbo y haber evolucionado de acuerdo a una lógica, en América pareció enloquecer, fusionó todo con todo, mezcló los rituales de África con las ceremonias católicas en la santería cubana; mezcló el saber ornamental de los aztecas y los mayas con el barroco estimulado por el Concilio de Trento; mezcló la imagen alada de la Virgen del Apocalipsis con la evocación matriarcal de la Pacha Mama incaica; mezcló en el bolero la ternura cortesana con la

sensualidad africana; y le dio origen a una humanidad a la vez escéptica y vigorosa. "*¿Me contradigo?*", preguntaba Walt Whitman, para responder enseguida: "*Muy bien, contengo muchedumbres*". Los de esta América somos los pueblos del vigoroso escepticismo, y eso significa a la vez pueblos emprendedores pero incapaces de una certidumbre absoluta.

Yo diría que llevamos también otra curiosa herida original que es signo de la modernidad. La condición de ser hijos a la vez de las víctimas y de los verdugos, de los invasores y de los invadidos, nos marca a todos por igual sin que importe mucho la sangre que llevamos en las venas, porque el mestizaje es sobre todo un hecho cultural. Esa conciencia escindida es un arduo legado, pero ninguno se parece más a la verdad de nuestra época, y si bien impone una suerte de conciencia culpable también nos predispone a la comprensión y será benéfica cuando hayamos acabado de asumirla. Ese importante símbolo de la modernidad fue descrito por Baudelaire, en su poema *Heatontimoroumenos*, de un modo inmejorable:

*" Yo soy la herida y el cuchillo,
la bofetada y la mejilla,
yo soy los miembros y la rueda,
soy el verdugo y soy la víctima."*

Ahora bien, es curioso que entre nosotros haya hoy más esfuerzos que antes por atender al llamado de ese mestizaje. La verdad es que en todo el mundo cada generación vuelve a reflexionar sobre sus orígenes y vuelve a juzgar su propio pasado a la luz de los hechos contemporáneos. En uno de sus sonetos, Shakespeare dice: "*Las ruinas me enseñaron a pensar*".

El siglo XX produjo demasiados hechos inquietantes y nos dejó mucho que pensar. Yo he advertido que cuando leemos con intensidad un libro que comprometa nuestras emociones, de algún modo volvemos a leer nuestra vida a la luz de ese libro. Como el mar, nuestro destino siempre está comenzando, en el sentido de que siempre podemos reinterpretar lo que somos a la luz de las nuevas experiencias y de las nuevas evidencias. Es verdad que al comenzar el siglo XX, éramos un poco más europeos que hoy,

vivíamos con un poco más de entusiasmo la posibilidad y la promesa de ser europeos. Europa misma vivía su destino con mayor entrega, con menos reticencias que hoy. Pero las dos guerras mundiales, el abismo del fascismo, las angustias del existencialismo, el frenesí de las vanguardias, las sospechas del psicoanálisis, el auge y el derrumbamiento del socialismo, la evidencia de la contaminación planetaria, las amenazas sobre el clima, las maravillas y las miserias de la ciencia, el auge de una sociedad de consumo que, nacida en América, no deja de alarmar a muchos, el desarrollo asombroso de la tecnología pero el incumplimiento de las promesas de prosperidad generalizada que la industria, la ciencia y la técnica le hicieron a la humanidad, nos tiene a todos llenos de estimulantes preguntas.

Nosotros somos la parte de Europa que se atrevió a mezclarse con el mundo, que se contagió de lo distinto. Durante mucho tiempo fuimos sospechosos a los ojos de los orgullos gentilicios y de las arrogancias coloniales, pero la historia es contundente, y hoy el mundo es lo que los aventureros y los negociantes de Europa hicieron de él, un mundo mezclado, un abrazo de razas, una fusión irreversible. Recuerdo un letrado que ví en el Metro Trocadero, en París, hace algunos años. No sonaba agresivo sino angustiado: "*Miren cuantos africanos en Francia,*" - decía - "*qué locura!*" Quien lo escribió y lo imprimió se sentía amenazado y creía estar razonando con lucidez, pero es que entender es difícil. Ese hombre, en cambio, aunque lo viera, no habría podido decir con asombro: "*¡Miren cuántos franceses en África!*", porque seguramente para él la presencia de franceses en África es algo natural, en tanto que la presencia de africanos en Francia representa un hecho monstruoso.

Pero lo que subyace en este episodio es la evidencia de la necesidad de una reciprocidad. Si Europa tuvo derecho a los metales de América, o al trabajo de África, América y África tienen que tener derecho a los beneficios de Europa. No importa tanto el problema puramente episódico de los inmigrantes, aunque es verdad que ningún continente como América ha mostrado a lo largo de los siglos su hospitalidad. Esta, que al comienzo fue forzosa, hace tiempo se convirtió

en una virtud y en un hábito de nuestros pueblos. Cuando buscaban un destino los polacos, los irlandeses, los alemanes, los españoles, los judíos, los siriolibaneses, los chinos, los japoneses, nuestra América nunca cerró sus puertas. Muchos inmigrantes han llegado a ser parte de nuestra alma, y su labor ha llegado a constituirnos de un modo profundo. Y estoy seguro de que así es en todo el continente. Hoy esto que llaman el tercer mundo es pobre, y busca la sombra del viejo árbol de Europa, como busca la sombra del joven árbol norteamericano, y tal vez esos árboles no tengan ramas tan largas ni frutos tan generosos. Pero más allá de ello, el verdadero desafío de la sociedad global es el desafío de encontrar un orden de reciprocidades en el cual todos los hijos de la especie humana tengan algo que esperar del modelo de civilización que se nos exige defender.

Y llegamos de nuevo al surgimiento del Globo y a las consecuencias que debe tener el descubrimiento de nuestra morada común. Hoy tiende a hablarse de la globalización en términos de un modelo de vida compartido, unas expectativas comerciales y culturales para las cuales no debe haber fronteras. Es bueno que la humanidad quiera parecerse en eso a las águilas migratorias, a los colibríes henchidos de miel, a las ballenas que cantan su amor de un mar a otro, y a los vientos cargados de polen. Pero si los derechos sobre el mundo deben ser compartidos, la responsabilidad debe ser compartida también, a riesgo de que la globalización se convierta en un eufemismo para enmascarar la mera codicia de los mercados y la mera voracidad sobre los recursos. La aventura del Globo tiene que procurar un modelo de civilización que consulte las necesidades de todos y las expectativas de todos, que intente un poco de justicia, de generosidad y de sensatez.

Para eso es necesario reconocer los méritos de las culturas. Tal vez ninguna como la europea, después de siglos de tribalismo y de dogmatismo, ha hecho un esfuerzo de pensamiento y de autocrítica. Ahora todos deberíamos dialogar más. Nadie debería privarse de un diálogo fecundo que vaya más allá de lo utilitario. La única manera de frenar la inmigración traumática, aquella que nace

de la necesidad y que es de algún modo violenta, es estimular el crecimiento de los países, y su posibilidad de ser patria para sus propios hijos, de modo que la inmigración sea para siempre una opción estimulante y no una escapatoria forzosa. Europa, que envió millones de inmigrantes a América, que ocupó el Asia y el África, no puede asumir el papel de doncella asediada por los hijos de nadie, pero puede en cambio propiciar la búsqueda de un mundo más humano para todos. Esta feria de Hannover es un esfuerzo por construir un escenario donde los países cordialmente se emulen, dialoguen y se conozcan recíprocamente. Para nosotros es una oportunidad de preguntarnos qué tenemos para aportar a la agenda global, cómo percibimos el diálogo desde nuestras realidades, y quiénes somos en ese diálogo.

El mundo vive un proceso creciente de fusiones. Sin embargo, es conveniente advertir que no todas las fusiones son benéficas. Sin duda, las mejores fusiones las obra el arte, muchas de las peores, la política. Fusionar la tradición musical africana con los instrumentos occidentales, produjo el jazz. Pero fusionar los conflictos tribales de África con las metralletas modernas produjo las matanzas de Ruanda y de Burundi, que habrían sido mucho menos terribles con arcos y flechas. Fusionar la vocación europea de conocimiento con la naturaleza americana produjo la obra admirable de Humboldt, pero fusionar la economía de mercado y la ciega sed de lucro con la naturaleza americana ha producido las depredaciones sobre la selva y los horrores del narcotráfico. El Globo está exigiendo nuestra responsabilidad compartida. Si somos un planeta solidario a la hora de generar los problemas, debemos ser solidarios a la hora de las soluciones. Pretender, por ejemplo, corregir el problema de la droga considerando exclusivamente el narcotráfico, o sea la producción y la distribución, sin considerar el problema de la adicción masiva, es equivocarse. Y sólo una política integral puede ofrecer soluciones verdaderas. Ello también vale para las armas. Grandes fábricas y miles de cerebros de técnicos, de científicos, y digámoslo también, de artistas, aplicados a la producción de armas ultrasofisticadas, cada vez más poderosas, suponen y necesitan conflictos periféricos que consuman esos arsenales, y que

ilusoriamente salven a los imperios centrales del peligro de una nueva guerra mundial.

No hace mucho, todavía era posible que las naciones prósperas miraran al resto del mundo hundido en la pobreza, en la injusticia, en la desigualdad, y se dijeran: es 'problema de ellos'. Hoy no resulta tan fácil ni tan inteligente esa indiferencia. Los países ricos, con Estado responsable y organizado, con una ciudadanía capaz de criterio y participación, con leyes atentas a los vaivenes de nuestra mudable realidad contemporánea, harían mal en procurar fabricarse un mundo exquisito y aislado de la realidad planetaria. La inmigración masiva, el exilio económico, es apenas uno de los casos en los que las soluciones reales y generosas exigen el fortalecimiento de las economías gracias a la vez a un justo intercambio y a una adecuada formación. Pero hechos incesantes nos revelan que el sueño de las viejas Arcadias se ha esfumado. Un accidente en los reactores nucleares de Chernobyl en la Unión Soviética se convirtió en una amenaza para Europa entera, el naufragio de un barco rumano con cianuro en aguas de un tributario del Mar Negro puso en peligro a varios países vecinos, la aparición del sida demostró que es ya imposible considerar ciertos males como problemas ajenos, porque lo que ocurre hoy en Ciudad del Cabo puede pasar mañana en Londres y pasado mañana en Buenos Aires. Hoy, cuando temas como el de la clonación humana y el de la manipulación de la vida por la biotecnología despiertan tantos debates apasionantes en la comunidad científica y filosófica, y producen legislaciones responsables nacidas de esos debates, qué grave resulta, por atender a mezquinos intereses, propiciar la existencia de países en los que sea posible todo, en los que no haya un Estado capaz de legislar, ni prensa libre, ni apelación posible al interés público. Esos países que se pueden invadir de mercancías, y a los que se les puede extraer sus recursos sin que haya oposición democrática alguna, serán países donde se pueda impunemente reciclar la basura radioactiva, donde se pueda experimentar con la vida humana sin restricciones, donde se puedan estimular las discordias internas para vender armas a todos los

bandos. En otros tiempos, se solía recurrir a las autocracias represivas en los países pobres, sostener en ellos dictadores amigos de las metrópolis, pero hoy sabemos que el único remedio es una democracia real. Si creemos en ella, tenemos que pensarla válida para el mundo, tenemos que permitir y estimular el fortalecimiento de ciudadanía responsables y autónomas, capaces de pensar y de oponer resistencia civilizada. De bien poco servirá al llamado Primer Mundo seguirlo siendo, esforzarse por construir realidades locales prósperas y refinadas, si acepta vivir en un planeta lleno de desigualdad y de injusticia, propicio al terrorismo y a la miseria, si cierra los ojos al destino de tres quintas partes de la humanidad. Pero si hay verdadero compromiso con la apasionante idea del Globo, si hay verdadera voluntad de globalizar no sólo los horizontes de rendimiento y de rentabilidad sino también el horizonte de la civilización humana, es necesario pensar en esta morada común y en los peligros que se ciernen sobre ella. Se dice que la estrategia planetaria tiende a hacer vana la existencia de las naciones tal y como la hemos entendido hasta hoy. Pero no deja de ser significativo que cuando las naciones, que fueron casi siempre ilustres ficciones históricas, van perdiendo su razón de ser o su perfil, surgen en cambio más vigorosas e inesperadas las viejas pasiones tribales, las comunidades unidas por lenguas, por religiones, por costumbres, por razas y hasta por sistemas de prejuicios. Pero es que esas realidades tribales suelen ser más verdaderas que las ficciones jurídicas y que los azares históricos. En realidad, de lo que se trata es de encontrar una alianza efectiva entre el inalienable derecho de los pueblos a sus mitologías, sus tradiciones, sus sueños y sus símbolos, y la necesaria construcción de un orden mundial que defina los principios compartidos de la comunidad humana, las grandes verdades que nos unen a despecho de nuestras peculiaridades locales. Yo sé que existen fanatismos y chovinismos que son hostiles a la convivencia de los pueblos. Pero sería un error pensar que toda peculiaridad es un fanatismo y es un monstruo gentilicio. La pretensión de construir un mundo uniforme, que pierda el relieve y el sabor de sus comunidades particulares, es una suerte de

fascismo incoloro, que quiere sustituir la abigarrada pluralidad del mundo por un hormiguero de consumidores pasivos sin estilo y sin alma. Exactamente como la pretensión de un mundo donde las numerosas religiones, las innumerables costumbres, las pequeñas lenguas, se diluyan en vastos estanques de ateísmo obligatorio, de modas fugaces y de lenguas hegemónicas, me parece la reviviscencia de ciertos monstruos conocidos que, bajo la apariencia de ponernos a salvo de los antiguos fanatismos, terminan queriendo salvarnos del múltiple espectro shakespeareano de nuestras pasiones, terminan tratando de salvarnos de ser humanos.

Como lo ilustran tan frecuentemente la literatura y el cine, los seres anónimos que viajan cierto tiempo juntos suelen terminar haciéndose amigos

entrañables. Los desconocidos que tienen que afrontar una circunstancia azarosa, a menudo terminan unidos por fuertes lazos de solidaridad. La humanidad por fin ha encontrado el escenario en el cual pueden converger muchas aventuras que hasta ahora se creían totalmente autónomas. Y no sólo la humanidad: también los animales, las plantas y los minerales van embarcados con nosotros en la misma travesía extraordinariamente significativa que nos exige encontrar un orden propicio al experimento de la vida y al experimento, más frágil aún, de la civilización. Ojalá después de estas primeras cinco centurias en Globo estemos aprendiendo por fin el arte superior de compartir los dones del mundo, de vernos solidariamente como compañeros de un mismo viaje y como partícipes de una misma aventura.